



J. V. BAÑULS OLLER-J. SÁNCHEZ MÉNDEZ-J. SANMARTÍN SÁEZ (EDS.), *Literatura iberoamericana y tradición clásica*, Universitat Autònoma de Barcelona-Universitat de València, 1999, 505 pp.

Las tierras del «Nuevo Mundo» tuvieron en el proceso de colonización un influjo indiscutible de la cultura europea. En aquellos momentos Europa recibía los tibios aires del Humanismo, movimiento cultural que, principalmente, tenía como fin la recuperación del esplendoroso legado grecolatino. Era lógico que amén de propagar la fe, de transmitir la propia lengua (recuérdese, a este respecto, la conocida divisa de Nebrija de «la lengua compañera del Imperio») y las costumbres, se introdujera en los pueblos indígenas el conocimiento de la cultura humanista, fundamentalmente a través de educación (los jesuitas y su *ratio studiorum* tuvieron en este sentido mucho que ver). Sin embargo, el paso de los años y las diferentes concepciones del mundo no hicieron que ese pasado cultural de Grecia y Roma cayera en el olvido. La continuidad de la enseñanza de las lenguas clásicas (fundamentalmente de la lengua latina) tuvo mucho que ver en ello, y los propios escritores que se fueron forjando en aquellas tierras daban señales inequívocas en sus obras de pervivencia de aquella cultura que en otro tiempo había sido sostén indudable.

No obstante, estamos todavía muy lejos de conocer —y comprender— en toda su dimensión la huella de los clásicos en los autores de América Latina. Porque son muchos los países y muy diversa la evolución cultural que han tenido. Es un campo de trabajo inmenso que equipos interdisciplinarios —especialistas en aquellas literaturas, latinistas, helenistas, filósofos, historiadores, etc.— debieran acometer aquí o allá, a saber, los que estamos más cerca de la cuna de esa cultura clásica o los investigadores de aquellas tierras (aunque mejor sería que se hiciera aquí y allá, en «pacífico» mestizaje, como debió ocurrir en aquellas primeras y lejanas fechas).

El volumen que aquí se reseña puede ser buen ejemplo de esta pretensión última. En él se recogen los trabajos presentados en el *Congreso Internacional de Literatura Iberoamericana y Tradición Clásica* celebrado en la Facultat de Filo-

sofía i Lletres de la Universitat Autònoma de Barcelona y en la Facultat de Filologia de la Universitat de València entre los días 21 a 25 de octubre de 1997. Los propios editores abundan en el «Prólogo» en el carácter de encuentro pluridisciplinar de este evento, y matizan el grado de «reflexión» que subyace en los trabajos presentados, los cuales pretender servir de enlace entre el viejo y el nuevo continente, siendo a la vez manifestación de propuestas donde se desarrollan nuevas cuestiones, algunas de las cuales todavía siguen sin verse resueltas. En esta idea también incide J. Martínez Gázquez, catedrático de Filología Latina de la Universidad Autónoma de Barcelona, en el «Saludo de inauguración» que abre el libro, y matiza, además, que la «literatura iberoamericana expresa con más vivo acento y con mayor intensidad, si cabe, que las literaturas peninsulares, el eco de la cultura clásica tamizada en la adaptación propia de su mitología, sus tópicos o sus personajes» (p. 5).

Entrando en materia, habría que señalar primero que las aportaciones son por lo general de poca extensión, algunas mayores que otras (desconozco si existió la división tradicional que casi siempre se hace en los Congresos de ponencias y comunicaciones —no se indica nada al respecto ni tampoco esto se puede saber por el formato de la publicación—; o si hubo algunas líneas generales indicadas de antemano por la organización del evento); empero la mayoría de ellas participa del espíritu que, creo, pretendían sus organizadores: el mundo clásico grecolatino en los fundamentos de la literatura (y la propia cultura) iberoamericana, un término elegido que casa estupendamente con la idea también expresada en el prólogo de incluir aquí a Portugal (podía haber sido más enriquecedor incluir también a otros países como Francia, aunque entonces se tendría que haber cambiado la denominación y usar quizás el término «latinoamericano», por lo demás muy común entre aquellas comunidades, como bien ha reflejado en un ensayo de hace algunos años Miguel Rojas Mix en *Los cien nombres de América* [Editorial Lumen, Barcelona, 1991]). No puedo —ni lo creo conveniente— referirme a cada uno de los trabajos. Intentaré esbozar un panorama general, destacando algunas contribucio-

nes, sin menoscabo de otras, dadas las limitaciones de espacio.

Se mencionaba anteriormente el proceso de adaptación, mayor incluso que en algunas literaturas europeas, que la literatura iberoamericana hizo de la cultura grecolatina. Pues bien, tal proceso ocurrió desde temprano, y con matices. A ello se refieren en un párrafo, a mi juicio verdaderamente clarificador de aquella influencia, M. Estela Assis y N. M. Flawiá («El mundo clásico grecolatino: espejo y síntesis») al señalar que «la incidencia de lo grecolatino nunca fue de contacto directo, median siglos de diferencia y la distancia entre Europa y América. La cultura grecolatina vino a través de otras culturas, es decir, de las que los españoles [*léase aquí también portugueses*] trajeron junto con la conquista, quienes realizaron sus propios procesos de selección y de lectura» (p. 26). Esta fase primera tendría mucha relación con la propia enseñanza que estos europeos se dieron a impartir, especialmente a través de las diferentes órdenes religiosas que se fueron estableciendo. Se fundarían Colegios y Universidades donde la lengua latina seguía gozando de gran preeminencia. Como indica A. Eduardo Freschini («El aporte jesuítico al desarrollo de la tradición clásica Latinoamericana»): «... el latín era entonces la puerta de entrada a los conocimientos filosóficos, teológicos, históricos y científicos, no sólo porque las fuentes y las obras críticas estaban escritas en esa lengua sino porque también los profesores que recorrían las universidades latinoamericanas provenían de distintos países europeos y el empleo del latín en sus clases evitaba los problemas de barreras idiomáticas» (p. 191).

Y en latín se empezó a escribir, y a través de esta lengua se dieron a conocer hechos, venturas y desventuras ocurridas en ese Nuevo Mundo, como lengua internacional que fue a partir de entonces. Ocurrió esto con el llamado «apóstol del Brasil», el jesuita canario José de Anchieta, ejemplo perfecto de ese puente que constituyeron los españoles en la entrada del mundo clásico en América Latina (cf. M. Rodríguez-Pantoja, «El mundo indígena en el poema épico de José de Anchieta», pp. 359-364); o con Rafael Landívar, un humanista ilustrado autor

de una *Rusticatio Mexicana*, consagrada «al ensalzamiento de algunas curiosidades de la campiña mexicana», tal y como refiere M. López López (cf. «El clasicismo sutil: la *Rusticatio mexicana* de Rafael Landívar», pp. 273-276). Pero esta enseñanza perdurará en el tiempo, como ocurrió en Europa, con sus lógicos altibajos, y con una diferente asunción de la cultura clásica. Sólo con echar un vistazo a las épocas y los autores tratados en el volumen podemos comprobar este aserto.

Efectivamente, están representados todos los siglos, desde los primeros momentos de la colonización hasta autores contemporáneos. No faltan así las crónicas de Indias, escritas ya en castellano, quizás a imitación de lo que ocurría en Europa, donde las lenguas vernáculas fueron tomando terreno al latín (cf. así M^a. J. Borrero, «El latín junto con el castellano en Europa y las lenguas generales en el Nuevo Mundo: tras la huella de un status similar de éstas en crónicas de Indias», pp. 75-82); tampoco los cronistas de las primeras épocas, quienes en mayor o menor medida hacían alarde de un cierto grado de ficción en sus escritos convirtiendo los mismos en verdadera literatura de imaginación (cf. *praesertim* A. Torres Torres, «Cronistas de Indias: prejuicios de raigambre clásica sobre la barbarie del indio y su lengua», pp. 439-445; y J. M. Zulueta, «Mitología clásica en las Crónicas de Indias», pp. 493-499), o denunciaron la política de sumisión que los conquistadores practicaron sobre las poblaciones indígenas (cf. L. Giuliani, «Las Casas y el rechazo de la edad de oro: un recorrido por citas y omisiones de clásicos», pp. 237-242). Asimismo, se estudia en el volumen que se reseña el tratamiento mítico realizado en los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega, considerado el primer escritor hispanoamericano (cf. H. Usandizaga, «Emergencias de la tradición clásica en la escritura de los mitos andinos», pp. 453-463) y se repasan algunas producciones de raigambre clásica en españoles que se lanzaron a la aventura de Indias, como los sevillanos Diego Mexía (cf. T. Barrera, «Diego Mexía, traductor de las *Heroidas* en territorio mexicano», pp. 51-59) y Fray Diego de Hojeda (cf. E. Benavent Morales, «La *Cristiada*: épica a lo divino», pp. 59-63).



La época del barroco americano es el momento en que aparecen las grandes figuras de esta literatura. La influencia de Góngora también se hizo sentir. En este sentido es importante la obra de la mexicana Sor Juana Inés de la Cruz, religiosa erudita cuya importancia se demuestra en este volumen en el que recibe tres estudios (cf. M. González González, «Sor Juana Inés de la Cruz: la educación de las mujeres y la “Angustia de las influencias”», pp. 201-207; E. Marqués López, «El teatro de tradición clásica de Sor Juana Inés de la Cruz: *Amor es más laberinto y Divino Narciso*», pp. 281-286; y J. Pascual Gay, «Apuntes sobre *El primero sueño* de Sor Juana Inés de la Cruz», pp. 317-319).

Un pequeño paréntesis lo constituyen los autores y obras del siglo XVIII. De esta manera encontramos aportaciones acerca de Juan Cruz Varela, quien ya desde joven demostrara la afición por la lengua del Lacio, debidas a M^a. J. Pena («La *Dido* de Juan Varela», pp. 327-332) y A. Vilanova Martín («Las heroínas del drama clásico grecolatino en el teatro iberoamericano: algunas reflexiones sobre la tragedia *Argia* de Juan Cruz Varela», pp. 473-480), y sobre las *Cartas Chilenas* cuya paternidad parece que se debe a Tomás Antonio Gonzaga (cf. A. J. Alonso Menéndez, «La figura del *Miles gloriosus* en las *Cartas chilenas*: Ilustración e independentismo», pp. 13-17).

Sin embargo, el grueso de trabajos se refieren al siglo XIX y, fundamentalmente, al siglo XX. Se dan la mano aquí autores conocidos por cualquier lector medio con otros bastante ignorados. Y alguno de ellos se estudia en varias aportaciones. Se encuentran de esta manera por orden de aparición Bernardo de Monte Agudo, Julián del Casal, Rubén Darío, Jaime García de Torres, J. M^a. Arguedas, Alejo Carpentier, José Martí, Manuel Mujica Lainez, José Lezama Lima, Augusto Monterroso, Manuel Díaz Rodríguez, Octavio Paz, Julio Cortazar, Ernesto Sábato, Jorge Luis Borges, Isidore Ducasse, Pedro Henríquez Ureña, Carlos Fuentes, Rodolfo Mondolfo, Miguel Ángel Asturias, Leopoldo Marechal, Griselda Gambaro, Carlos Martínez Moreno, Baldomero Sanín Cano y Enrique Gómez Carrillo.

En fin, ni que decir tiene que se trata de un volumen enriquecedor en muchos aspectos, que permite apreciar el vasto campo de investigación que para los interesados en la pervivencia clásica ofrece la literatura escrita allende el océano.

Lástima que a tan enjundiosos trabajos no acompañara una edición cuidada, pues las erratas en esta obra desbordan lo previsible.

FRANCISCO SALAS SALGADO

